

«DIEGO BENSON “IN MEMORIAM”» (1)

Llamaron desde Buenos Aires. Era Jorge. Como siempre comencé con mis preguntas sobre su salud. Estaba bien aunque algo me habló de sus molestias en las piernas. Me lo dijo con impaciencia. Con impaciencia correcta aunque sin ocultar su evidente deseo de pasar a otro tema. Algo le apremiaba y no pudo contenerse más. “Han matado a Diego”. Me espetó de repente esta terrible frase que pugnaba por ser compartida y machacar sin quererlo a todos sus recipiendarios y todo ello sin abandonar su habitual elegancia.

Después las inevitables banalidades con las que inútilmente tratamos de desdibujar el alcance de la tragedia.

Hace unos años había conocido a Diego en el propio Buenos Aires en uno de mis múltiples viajes profesionales a la capital del Plata. Vino a verme a mi hotel a requerimiento de Jorge y pronto congeniamos en términos absolutos. La personalidad de Diego no podía despacharse acudiendo a uno de esos adjetivos tan socorridos que a veces nos llevan a mezclar churras con merinas. No podíamos calificarlo de servicial pues en ese campo rompía todos los cánones llegando a darte la impresión de que todo su tiempo era para ti a pesar de contar con mujer, hijos y múltiples quehaceres agrícolas, inmobiliarios y conexos. Tampoco de simpático porque con Benson era imposible compartir un solo minuto de aburrimiento lo que excedía las cotas usuales. Su ingente cultura

histórico-política del continente europeo y americano y su especial manera de relatar cubrían las posibles impaciencias de sus contertulios pues era tan amigo del presente como del pasado poseyendo un grado de información tal que le imposibilitaba dejar cualquier pregunta al paio.

Nuestro amigo poseía además una rara avis en el campo de la eficacia siendo capaz de de solucionararte las cosas más insólitas que imaginarte pudieras.

Pero lo más asombroso de todo es que Diego era tan apto para hacer estas cosas tanto solo como acompañado. Recuerdo encuentros en Madrid o en El Escorial y cuando surgía la pregunta sobre su día anterior nos describía algo apasionante que él había vivido completamente solo. Bueno, solo no. Lo había iniciado solo pero luego se le habían ido uniendo esos amigos que Diego encontraba o hacía en todas partes. Como consecuencia de una de estas descripciones decidí un día irme con él por las tabernas del viejo Madrid a tomar pajaritos fritos. Algo único y exquisito donde no me llevó a ningún sitio que le fuese ajeno. En todas partes le conocían y se alborozaban al verle. San Telmo, Puerto Madero, las librerías de viejo de Buenos Aires, el café Torloni...Tantas y tantas cosas se vivían con él pero ninguna tan singular como el propio Benson.

Si algo siento cuando ya ahora no está es no haber hablado con Diego de Jesucristo. Seguro que él calló por delicadeza porque su vida no precisaba de correcciones. Yo no hablé por desconocimiento pues en nuestros años de trato,

aunque me decía creyente, aún no me había convertido. Estoy seguro que el Señor no me lo va a tomar en cuenta y considerará esas pocas oraciones en que he rogado por Diego desde el día de su asesinato sean como una plegaria permanente iniciada en el recibimiento de aquel hotel bonaerense el día que tuve la gran dicha de conocerlo.

Gloria al Señor.

Madrid, 19 de diciembre de 2011

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.